

DON PACO SANCHA

MADRID, 3.—Pablo Picasso, el artista más célebre del mundo, cuyas manos han venido a ser la mítica piedra filosofal, puesto que transforman en oro todo lo que tocan, lo dijo recientemente, hablando con un periodista extranjero:

“Los artistas a quienes más he admirado en mi vida son dos: Miguel Angel y Paco Sancha.”

Quiero, ante todo, felicitar y dar las gracias a Juan Esplandiú—otro gran artista y querido amigo—por haber repetido esa feliz frase de Picasso durante la conversación con Marino Gómez Santos, que ha publicado “ABC”.

Por supuesto, Miguel Angel podía pasarse sin el elogio de Picasso, en vista de que su patria y la humanidad entera le vienen rindiendo a través de los siglos honores merecidos.

Pero la memoria de Francisco Sancha sí necesitaba que Picasso le hiciera esa propaganda, a ver si por fin su país, que es el nuestro, le hace la debida justicia.

“Sancha era un hombre portentoso”, ha dicho también Juan Esplandiú, y en eso estamos de acuerdo todos los que tuvimos el privilegio de conocerle y tratarle.

Yo frecuenté desde muy joven la casa de Sancha, porque era —y sigo siendo— muy amiga de sus dos hijas y de sus tres hijos.

Don Paco nos acompañaba a los seis cuando íbamos de excursión por las montañas y valles de Arenas de San Pedro y, muchas veces también,

por Madrid. De pronto, en medio de la calle, nos tropezábamos con gentes como Pérez de Ayala, don Ramón del Valle Inclán o Juan Belmonte, que se paraban a saludarnos. Era cosa deslumbradora para mí, que estaba recién llegada del pueblo. Jamás había imaginado que aquellas gentes, cuyos nombres me sonaban tanto, fueran seres como los demás y hablaran de las mismas cosas.

Aunque no tenía ni edad ni discernimiento para darme cuenta de que don Paco Sancha era un artista genial, comprendía muy bien que era un hombre que se salía de lo corriente. Nunca olvidaré aquellos ojos tan azules, aquel aire elegante y bohemio al mismo tiempo, y su fino humor británico injertado en malagueño, demostración feliz de lo que puede dar de sí—tanto en lo físico como en lo moral—la mezcla racial de Inglaterra con Andalucía.

Lo que no podía explicarme entonces, ni tampoco ahora, era por qué razón un dibujante y pintor de tal clase no ganaba dinero.

Cierto que don Paco era al mismo tiempo bohemio y gran señor. Dos ingredientes muy vistosos y gratos para los amigos, pero poco útiles a la hora de mandar a la compra. Por añadidura, tenía un corazón de oro, otro ingrediente superfluo, sobre todo en una época en que los corazones no se manipulaban todavía. Creo que, si hubiera sido posible, don Paco habría llevado el suyo al Monte de Piedad más de una vez.

De todos modos, resultaba incomprensible que Sancha—tan conocido y tan admirado—viviera con tanta dificultad.

Menos mal que tenía en casa un verdadero tesoro. Era su esposa, Matilde Padrós, la mujer más buena, más agradable y encantadora del mundo, que sabía poner buena cara a los peores tiempos. Don José Ortega y Gasset opinaba que, además de todo eso, Matilde era la mujer más inteligente que él había conocido. Fue también una de las primeras que obtuvieron título universitario en España.

De poco valió todo ello. Llegó un momento en que, vencido por las dificultades, don Paco se decidió a aceptar el puesto, al parecer seguro y decentemente retribuido, que le ofreció un periódico de Asturias, en el que debía publicar un dibujo diario. En la Prensa de aquel Madrid, devorado por la política, no había plaza para un artista como Sancha.

Aquel trasplante a Asturias le costó la vida. Don Paco se sintió mal en cuanto empezó la guerra y murió en medio de las penalidades del sitio de Oviedo, solo, sin amigos, sin saber nada de su familia que había quedado en Madrid, y sin que su esposa y sus hijos pudieran ser avisados de su muerte.

Meses después, cuando, evacuada en Valencia, fue poco a poco adquiriendo la seguridad de lo irremediable, Matilde se murió de pena.

Josefina CARABIAS